

Se trata, en suma, de un buen manual, en el que los autores se manifiestan interesados no tanto por desarrollar sus planteamientos personales, cuanto por poner al alcance del lector una buena información sobre el conjunto de las cuestiones de la cristología. En coherencia con la preocupación por la dimensión especulativa manifestada en el prólogo, aunque la información sea amplia no proceden de forma meramente erudita, por lo que los autores no vacilan en tomar posición, cuando lo estiman oportuno, ofreciendo —siempre con estilo y tono académicos— elementos en orden a la valoración de las cuestiones que exponen y, en consecuencia, a la tarea de reflexión personal a la que el libro —como todo tratado de nivel institucional— aspira a introducir.

José Luis ILLANES

Joseph RATZINGER y otros, *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Ed. Palabra («Libros Palabra», 42), Madrid 2003, 204 pp., 14 x 22, ISBN 84-8239-803-2.

El volumen, que es una recolección de artículos significativos acerca del estatuto de la exégesis católica de la Biblia, es análogo a otros publicados en los años pasados en Italia y Francia con el título genérico: la exégesis cristiana, hoy. Los editores castellanos —Luis Sánchez Navarro y Carlos Granados— recogen dos artículos de Ratzinger y de la Potterie presentes en esas recopilaciones y cambian los restantes por otros que juzgan más significativos para el *status quaestionis* que en el fondo quieren trazar. Al final añaden tres índices útiles para el lector: uno de los documentos magisteriales citados, otro de los autores mencionados y otro de las materias tratadas. Una mirada rápida a este último índice nos hace ver que las entradas con mayor número de referencias son: Revelación, Inspiración, Tradición, Iglesia, hermenéutica, exégesis, métodos y crítica, es decir, los temas que se refieren de alguna manera al carácter de Palabra de Dios de la Sagrada Escritura, y, en relación directa con ello, los que se refieren a la interpretación de la Biblia.

Que la Biblia es palabra humana es algo evidente, no hay más que abrirla; que es Palabra de Dios forma parte de la confesión de la fe. Más precisamente, lo que la fe confiesa es que es verdaderamente palabra humana y Palabra de Dios al mismo tiempo. La reflexión sistemática sobre este carácter peculiar de los libros sagrados nace a finales del siglo XIX, cuando el racionalismo niega su dimensión como Palabra de Dios. Ahora bien, falta todavía ahora una exposición teológica del ser de la inspiración compartida por los investigadores y convincente en todos sus extremos. De ahí que, como ya apuntaba

Rahner en los años cincuenta, la exégesis se ha desentendido de la reflexión sobre la inspiración y, en la práctica, sin negarla, procede como si no existiera. La consecuencia para la investigación es que se privilegian los métodos de investigación de las ciencias humanas, los métodos históricos y los métodos filológicos, pero se desatiende el carácter de palabra de Dios de la Escritura. No nos vale la lectura fundamentalista, pero es necesario encontrar la clave por la que el examen racional de los textos no los reduzca al racionalismo del método.

Todos los estudios de la recopilación tienen un cierto carácter de diagnóstico de los problemas y todos coinciden en que a lo largo del pasado siglo —especialmente tras la promulgación de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*— se han dado bastantes avances. Pero la lectura de los trabajos también transmite la sensación de que se puede, y se debe, dar un paso más. Una breve reseña de cada uno situará probablemente al lector en los términos del problema.

Dos colaboraciones del Cardenal Ratzinger abren y cierran el volumen. La primera es una conocida conferencia que pronunció en 1989: «La interpretación bíblica en conflicto. Sobre el problema de los fundamentos y la orientación de la exégesis hoy». El conflicto al que se refiere el Cardenal es el que ha vivido, y vive todavía, la exégesis de los últimos cien años, que, afinando y perfeccionando el método histórico crítico, por una parte, lo absolutiza haciendo de él el único camino metódico para descubrir el sentido de los textos bíblicos, y, por otra parte, no es del todo consciente de los límites que el método se ha impuesto a sí mismo, reduciendo la realidad que quiere interpretar a lo que el método puede alcanzar. Como consecuencia de estos dos presupuestos, la exégesis queda reducida a una mera crítica histórica y filológica, que intenta descubrir el sentido de los textos en el pasado —quedando sin relevancia para el presente—, y además, no los sitúa en el marco de la revelación sino en el de la historia de las religiones (o de la religión). Para salir de esta situación de *impasse* de la crítica bíblica, J. Ratzinger reconoce no tener recetas globales, pero ofrece algunos puntos que pueden contribuir a huir de ese callejón sin salida. El primero se refiere al método crítico, que debe realizar una «crítica de la crítica», una reflexión metódica de sus presupuestos, sus medios y el alcance de sus conclusiones. Ratzinger lo ejemplifica con Bultmann y Dibelius al hilo de una tesis de Reiner Blank. El segundo lugar por el que la exégesis puede remontar el vuelo se refiere a la manera de vincular el significado de los textos en el pasado con el que tiene en el presente. Como en otras ocasiones, el Cardenal se refiere a la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, afirmando que un estudio detenido de ese Documento presenta el camino para hacerlo. En la parte final de su intervención lo ejemplifica con algunas proposiciones: hay que prestar una mayor atención a la relación entre el texto y los acontecimientos a los que se re-

fiere, hay que atender también a la dimensión cristológica y al contexto eclesial de los textos bíblicos, es necesaria una mayor profundización en la hermenéutica de la comprensión de los textos, en concreto, en una hermenéutica que los deje hablar para que el lector pueda dejarse modificar por ellos. La otra colaboración de Ratzinger a este volumen es mucho más reciente, de 2003, y mucho más breve. Se trata de la conferencia con la que se conmemoró el centenario de la creación de la Pontificia Comisión Bíblica. La conferencia se titula «La relación entre magisterio de la Iglesia y exégesis» y refleja los avances de la exégesis católica en los últimos cien años. Recuerda, no obstante, que, a la luz de lo dicho por *Dei Verbum*, todavía estamos a mitad camino.

La segunda colaboración se debe a Ignace de la Potterie, profesor durante más de cuarenta años, en la Universidad de Lovaina y en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. La conferencia en italiano data de 1991, aunque ha sido brevemente actualizada por el autor para una edición francesa posterior y para esta traducción española. La conferencia se titula «La exégesis bíblica, ciencia de la fe», y es homogénea con el tema común del volumen. La exégesis en los últimos años se ha limitado a la aplicación de los métodos histórico críticos y los resultados son más pobres que los esperados en un inicio. A diferencia de la conferencia de Ratzinger, ésta no ofrece un camino metódico, sino un conjunto de reflexiones que muestran las limitaciones del reduccionismo a los métodos histórico críticos. De la Potterie recuerda que la misma reflexión filosófica muestra la pobreza de este camino que constriñe la religión dentro de los límites de la razón, que la misma naturaleza de los textos bíblicos en su lectura atenta pide ir más allá de lo que impone desde fuera el investigador, y que la exégesis de la iglesia apostólica y post-apostólica nunca leyó los textos de manera tan restringida. Muy semejante sería la biografía intelectual del autor de la siguiente colaboración: Paul Beauchamp. También él ha enseñado exégesis durante bastantes décadas y también se ha caracterizado en su investigación por una atención a los movimientos filológicos, teológicos y filosóficos que podían hacer relevante el texto bíblico. La colaboración que se recoge en este volumen, «¿Es posible una teología bíblica?», publicada por primera vez en 1998, recoge un tema bastante tratado por su autor, aunque aquí no está desarrollado —para ello habría que acudir a su extensa bibliografía— sino sólo esbozado. Para Beauchamp, una auténtica teología bíblica es aquella que, en primer lugar, consigue ver a Jesucristo como unidad de los dos testamentos, aunque partiendo de la fidelidad de Jesús y de su movimiento al Primer Testamento, como le gusta decir al autor. En segundo lugar, la teología bíblica tiene que estar atenta no sólo a los textos sino al hombre: un mejor conocimiento del hombre es necesario para un mejor conocimiento del significado de los textos bíblicos. Sólo de esta manera el exegeta conseguirá situarse frente al «objeto mismo» de su estudio.

Las dos aportaciones siguientes, de Bruna Costacurta y de Klemens Stock, pueden tenerse por ejemplificaciones de las posiciones de la exégesis actual, al menos de algunas. El artículo de Costacurta, «Exégesis y lectura creyente de la Escritura», muestra con un ejemplo, el relato del árbol y la caída en el segundo y tercer capítulo del Génesis, que la exégesis de ese relato tal como aparece en el libro sagrado, con sus ligeras incoherencias debidas probablemente a las diversas redacciones, lo hace rico y significativo en toda la tradición bíblica. Por tanto, una mayor atención al texto como aparece en el libro sagrado y a otros métodos menos restrictivos que el histórico crítico redundará en una exégesis más rica y más abierta. El artículo de Stock, «Cristo en la exégesis actual. Status quaestionis y perspectivas», aunque es de 1986, sigue siendo actual. En lo que se refiere a los resultados de la investigación histórico crítica referida a los evangelios, hace notar que el estudio guiado por esos métodos ha llegado a conclusiones que están bastante lejos de aquellas que, a principios de siglo, reflejaban sin más los apriorismos del método: el foso entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe, entre la historia y lo que se relata en los evangelios, es ahora mucho menos profundo; en consecuencia, la exégesis muestra que es posible compaginar las cristologías de lo que antes se veían como opuestos, por ejemplo las de San Marcos y San Juan. Por otra parte, se tiene como verdad práctica adquirida que el método histórico crítico gana fuerza cuando se completa con otros métodos históricos y literarios de investigación, y cuando se esfuerza por dejar hablar a los textos sin constreñir los datos en corsés que provienen del método pero no del texto.

Finalmente, queda por reseñar el artículo de Albert Vanhoye: «La recepción en la Iglesia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*». Publicado a los 35 años de la aprobación de la Constitución, el artículo subraya una vez más la importancia del Documento Conciliar al orientar la reflexión sobre la Escritura desde la noción de Revelación y de la proclamación apostólica que se expresa en la Tradición y la Escritura como manantes del Evangelio promulgado por Jesucristo. Desde ahí se entiende su carácter de Palabra de Dios en la Iglesia.

Pienso que este resumen expresa el carácter de «diagnóstico» sobre la exégesis actual que tiene el volumen. En lo que todos los exegetas parecen estar de acuerdo es en que *Dei Verbum* ha trazado la dirección por la que tiene que ir la investigación, y que esa dirección no es la que se limita a aplicar el método histórico crítico sin más, sino que incluye una reflexión más profunda sobre el ser de la Escritura en dos dimensiones: en la Revelación y en la Iglesia. Al mismo tiempo, en lo que se refiere a la interpretación de los textos bíblicos la exégesis tiene que estar más en diálogo con la hermenéutica.

En cierta manera, estos dos aspectos están presentes en el documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993: «La interpretación de la Biblia en la

Iglesia». Pero están mencionados, no integrados, al menos, no del todo. Por ejemplo, lo mismo que en el Documento aludido, en la mayor parte de estos artículos se hace una referencia a la hermenéutica como uno de los caminos por los que el método histórico crítico debe salir de su ensimismamiento. Sin embargo, la hermenéutica moderna tiene una dimensión ambigua, ya que en el fondo los autores la quieren derivar de la actitud de los estoicos hacia la verdad manifestada en los textos; en cambio, la hermenéutica cristiana nace del acontecimiento Jesucristo que hace resignificar a los textos. Es evidente que no se puede hacer una hermenéutica cristiana —ni una hermenéutica bíblica— que no esté en consonancia con una hermenéutica filosófica general, pero esta hermenéutica cristiana, no se puede derivar de la hermenéutica filosófica sin más. Es necesario hacer el recorrido de la interpretación que tiene presente el objeto de interpretación —no sólo el texto bíblico, sino también la Revelación expresada a través de los textos— y los diversos pasos que acaban en una aplicación no-arbitraria del texto a la propia vida: comprensión, interpretación, explicación y apropiación. Pero este recorrido, largo sin duda, hasta ahora sólo se ha presentado de modo fragmentario. Es necesario trabajar más en esta dirección. Ése es uno de los méritos de este compendio: muestra muy bien el reto que la reflexión teológica y la exégesis tienen por delante.

Vicente BALAGUER

Fernando SEBASTIÁN AGUILAR, *La verdad del Evangelio. Cartas a los españoles perplejos en materia de cristianismo*, Ed. Sígueme, Salamanca 2003, 909 pp., 19 x 25, ISBN 84-301-1492-0.

«Me parecía que una de las cosas más importantes que tenía que hacer como obispo era alimentar doctrinalmente la vida religiosa, espiritual y moral de mis hermanos. Lo tenía que hacer ante todo con la predicación. Pero la necesidad de llegar a más gente y de reforzar la presencia del pensamiento cristiano en la opinión pública me llevó a pensar en este “género chico”, pequeños escritos pastorales sobre los acontecimientos que las circunstancias fueran aconsejando». Con estas palabras explica Mons. Fernando Sebastián, en una de las presentaciones de la presente obra (pp. 15-16), el nacimiento, apenas nombrado obispo de León, de las cartas que desde entonces, y hasta nuestros días, comenzó a redactar para dirigirse, también a través de los medios de comunicación social, a los feligreses de las diócesis que le correspondió presidir.

Esas cartas —en edición preparada por Olegario González de Cardedal con un grupo de colaboradores— constituyen el contenido de la presente obra.